

April 2007

Número 85: Domingo de Ramos (Escarlata y/o Morado)-Pascua 4

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh>



Part of the [Christianity Commons](#), and the [Practical Theology Commons](#)

Recommended Citation

(2007) "Número 85: Domingo de Ramos (Escarlata y/o Morado)-Pascua 4," *Estudios Exégeticos Homiléticos*: Vol. 2007 : No. 85 , Article 1.

Available at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh/vol2007/iss85/1>

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Luther Seminary. It has been accepted for inclusion in Estudios Exégeticos Homiléticos by an authorized editor of Digital Commons @ Luther Seminary. For more information, please contact akeck001@luthersem.edu.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 085 – Abril de 2007

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN Nº 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable: Néstor Míguez

Abril 2007

Introducción a la semana de Pascua

Los textos que corresponden a esta semana han sido casi todos ya expuestos en anteriores años de estos *Estudios Exegético-Homiléticos*. Por ello, más que una exégesis tradicional vamos a trabajar sobre “el ambiente” (histórico, emocional, o su repercusión en los actores –incluyéndonos) de los hechos, con la idea de suministrar algunos elementos que puedan ayudar a buscar, en estos textos, elementos que nos los hagan representaciones de una realidad en la que Jesús protagonizó los hechos que recordamos en estos días, y busquemos las formas en que pueden resultar pertinentes para nuestra realidad de hoy. Quizás por ello esta vez los estudios resulten más “homiléticos” (y hasta litúrgicos) que exegéticos. Servirá para compensar cierto desequilibrio que, por deformación profesional, tiende a que en otras oportunidades seamos más exegéticos que homiléticos.

Trabajaremos desde una variación de aproximación interpretativa, la narratividad, de la cual ya hemos dado algunos ejemplos en EEH anteriores. Pero a diferencia de los otros ejemplos que brindamos oportunamente, en este caso recurriremos a la llamada “técnica de observación”. No intentaremos, como hicimos antes, recrear algunos de los personajes intervinientes, sino pensar desde un observador o investigador llegado de afuera que busca, desde una posición privilegiada, describir las escenas que se despliegan ante sus ojos, descubrir las tradiciones, intereses, pasiones y anhelos en juego en esta semana dramática. Por supuesto, hay una dosis de construcción imaginativa (la hay también en la llamada exégesis científica, aunque pretende desconocerlo). Es que no hay posibilidad de pensar la historia sin imaginación. El desafío es poner la imaginación al servicio del texto y del mensaje, y no al revés. ¿Nuevos caminos exegéticos? ¿Por qué no? ¡Probemos!

Como anexo va una breve historia de la celebración de la Pascua, que publiqué hace algunos años (ya ni me acuerdo donde) y que puede servir de ayuda en la elaboración de estos materiales.

Primero de abril, Domingo de Ramos (Escarlata y/o Morado)

Salmo 31:9-16; Isaías 50:4-9a; Filipenses 2:5-11; Lucas 22:14-23:56 o Lucas 23:1-49

El domingo de “Ramos”

Los peregrinos van llegando de a bandadas, como pájaros que emigran a ras del suelo. Hay grupos muy numerosos, que llegan en caravanas, con carros para llevar la gente y con sus animales de carga. Hay otros que muestran las marcas de sus orígenes pobres, cargando escuetos bustos con las cosas imprescindibles para acampar. En algunos cruces se amontonan familias y aldeas enteras, con los chicos cansados del viaje lloriqueando alrededor de padres y hermanos mayores para que los alcen. Los hay que arriban en apretados grupos, un abigarrado

racimo de gente que se mueve al unísono. Otros van como desgranados por los senderos, arrastrando los pies por la larga jornada. La muchedumbre, convergente de distintos caminos, va generando un movimiento insólito en torno de la ciudad, que no los podrá contener.

Algunos vienen del sur, pasando por Belén. Unos pocos vendrán del norte, ya que el camino por Samaria debe ser evitado. Los que han llegado por mar se acercan desde la zona costera, por la vía que viene del Oeste desde Cesarea Sobre el Mar. Muchos peregrinos pobres, que han bajado por el Jordán, especialmente los de Galilea, se acercan desde el Oriente, por el camino de Jericó. Allí se sumarán muchos de otros lugares y se encontrarán con los que partieron de las lejanas tierras de la dispersión en Persia, Media, Siria. Los más tempraneros ya han ocupado con sus tiendas los mejores lugares, buscando la sombra del monte o las cercanías del agua. La semana recién comienza, y en los días sucesivos se irán añadiendo otros contingentes, hasta que, cuando llegue la fiesta, habrá centenares de miles en torno de una ciudad que normalmente alberga menos de cincuenta mil.

La ciudad sabe que cada año se repite esta escena. Lo sabe y lo espera. Es más, casi vive para ello. Es la ciudad santa, la del Templo que otrora guardaba el arca del Pacto, pero que sigue siendo un pedazo del cielo en la tierra, por donde pasa la gloria divina. Allí es donde se ofrecen los sacrificios que le agradan al Señor, los que consiguen el perdón de los pecados, los que devuelven la pureza a los cuerpos. Allí es donde se reciben las ofrendas con las que agradecemos las dádivas divinas, los diezmos de nuestras cosechas, los animales consagrados que aseguran la bendición y multiplicación del rebaño. De allí salen los que difunden la bienaventurada enseñanza, los maestros y escribas que la interpretan y propagan. Es la orgullosa ciudad que logra mantener la referencia de un pueblo disperso, el lugar donde (o hacia donde) se inclinan e inclinarán en oración en los siglos presentes y los venideros.

La fiesta es la memoria de un hecho fundador, de una liberación que se espera vuelva a ocurrir, de antepasados que supieron de la acción salvadora de Dios, del poder de su siervo Moisés. “Nos reuniremos como alguna vez fuimos”, es el sueño de muchos: un pueblo que celebra su memoria, que espera en su Dios y que vive de su ley. Esta es la ciudad de David, el Rey de la promesa, el lugar donde ha de reinar su descendiente, el Mesías esperado. Es la bienamada Jerusalén.

Menos místicos, los que calculan ganancias y poder también lo saben. Ya van preparando sus lugares en torno del Templo. Si siempre hay algo que vender allí, cómo no será cuando la fiesta multiplica los clientes hasta el máximo. Vendrán extranjeros a cambiar sus monedas, culpables a reparar sus pecados, y todos a celebrar con el cordero consagrado el tiempo de la liberación. Los albergues estarán llenos y quienes venden comida saben que tienen por delante unos días de mucho trabajo y segura bonanza. Todos estarán dispuestos a pagar, según sus recursos, los gastos vitales y los rituales.

Pero también quienes lucran con el otro poder, con el político, saben que son días especiales. De uno y otro lado, del que lo detenta y del que lo detesta, del que lo ejerce y de los que recelan (y aspiran), saben que los días de multitudes no son inocentes. Y menos en esta fiesta que recuerda que un Imperio esclavizador puede ser derrotado. Cada movimiento será observado, cada oportunidad aprovechada. El ajedrez político acelera, en estos días, jugadas de alto riesgo. El gobernador, que habitualmente reside en otra ciudad, concurrirá allí rodeado de sus tropas de elite. Los sacerdotes vigilarán el disciplinamiento que significan estas ceremonias en torno del Templo, y aprovecharán para requerir las debidas ofrendas. Fariseos y escribas buscarán adeptos entre quienes, desde lejos, solo pueden vivir de las delicias de la ley y la identidad. Y los y las anhelantes de la libertad, que quieren ver restaurada la promesa, y también quienes alientan la sublevación, saben que son también estos días cuando se puede mostrar que la esperanza no está muerta, que hay todavía en este pueblo un sentido que lo hará rebelarse, que uno de ellos, cualquiera de ellos, puede ser levantado por el Dios que levantó a Moisés y a David, a Débora y Ester, para conducirlos hacia el día de la justicia.

Por el camino de Jericó viene uno de estos grupos. No es muy numeroso; mayormente varones, pero también algunas mujeres que los siguen. Han pasado el descanso del Sabbath en el camino, y ahora, primer día de la semana, han reiniciado su marcha con el sol que despunta. Bien mirado, no son tan distintos de otros miles de peregrinos. No se distinguen ni por sus hermosas ropas, ni por sus abundantes posesiones. Ni siquiera uno va montado. Por momentos todos se juntan en torno de aquél que parece ser el centro del grupo, y en otros se desarman en pequeños grupitos de dos o tres que conversan sobre sus cosas. En las cercanías de Betfagé, ya cerca de la ciudad, aquél a quien llaman “Maestro” convoca a dos de ellos y les habla en privado. Luego estos corren y se adelantan a los demás, entran a la aldea y se detienen en una casa. Un rato más tarde los dos mensajeros alcanzan al resto en el camino, cuando ya están haciendo el último recodo, subiendo por el costado de un monte. Han conseguido un burrito ¡justo cuando ya se termina el viaje! Sin embargo, lo acomodan con sus ropas y “el Maestro” se sienta sobre el animal cuando están llegando a la bajada del Monte de los Olivos, para entrar en la ciudad.

Cuando se acercan a las puertas de la ciudad el tránsito de peregrinos se conglera en torno de ellos. Lo que parecía un cansado gentío se transforma en alborozada multitud. Crecen los señalamientos: “Yo lo vi curar a una mujer encorvada”; “Se dice que resucitó a un joven muerto”. “Estuvo en la sinagoga de mi pueblo y enseñaba y curaba”, agrega otro. Uno, más memorioso aventuraba: “cuando Juan lo bautizó una paloma del cielo se posó sobre él y Juan se inclinó para reconocerlo”. Alguno gritó entusiasmado: “Ése es el que nos alimentó allá en Galilea”. Los testimonios se suceden, crecen en fuerza: “Ese es nuestro Rey”, se exaltó uno. La máquina de la esperanza se echó a andar... “Viva el Hijo de David”... “Bendito el Rey que viene”. ¿Quién no quiere un rey que se mezcla con el pueblo para enseñar y sanar, un rey que alimenta a su pueblo hambriento, un príncipe de paz? Se juntan, lo aclaman; a falta de otras cosas levantan ramas como pancartas, le echan la propia ropa a modo de alfombra real. Es una entronización popular, el reflejo escondido de siglos que se muestra en la aclamación profética.

No todos están contentos. Hay otros reflejos inmediatos, los del poder. ¿Quién es este... (dicho en voz alta) que se atreve a tanto (dicho para los adentros)? “Es Jesús, el profeta de Galilea”, responden los peregrinos. A los oídos del poder eso suena como un insulto. No hay más profetas, la profecía se cerró con Malaquías. Hay un lugar por excelencia para adorar al Señor, el Templo, y está en Jerusalén, no en la impura Galilea de los gentiles. Hay ley, y el vulgo la desconoce y menosprecia.

Y este Jesús insólito se meterá con cada uno de ellos. Volcará las mesas de los comerciantes. Insultará en su propio rostro a los escribas y fariseos. Anunciará la ruina del Templo. Y en el momento supremo guardará un silencio descortés ante Herodes y Pilatos, los que gobiernan “en esta realidad”.

“El domingo de las ramas” define los tantos. Lo que sigue no se entiende sin esta jugada, sin los proclamas y lecturas cruzadas que hacen los actores de este drama. Y por los siglos seguirá definiendo lados y preferencias. Los que esperan la justicia, valoran al que es capaz de meterse entre los suyos para curar, cuidar, alimentar, los que anhelan el tiempo de la justicia, el principio de toda paz. Y, por otra parte, los que temen a las multitudes, los que juegan al negocio de bienes y símbolos, los que confían en que no haya más profetas ni se caigan los mercados, los que solo saben conservar el poder reprimiendo y matando. O los miedosos que miran de afuera, evalúan y ponderan, simpatizan pero no acuden.

En fin, se trata de aunarse con esa multitud de peregrinos que todavía confía en que hay una libertad posible y una justicia en puerta. Se trata de reconocer a nuestro rey, cuál es realmente nuestro rey, y de seguirlo.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 085 – Abril de 2007

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN Nº 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable: Néstor Míguez

5 de abril Jueves Santo. (Escarlata y/o Blanco)

Salmo 116:1.10-17; Éxodo 12:1-4 (5-10) 11-14; 1 Corintios 11:23-26; Juan 13:1-17.31b-35¹

Una cena que se hizo “santa”

¿Es así una fiesta? ¿Así es como se celebra? Es una fiesta, sí, pero no exenta de solemnidad. La tradición que se hizo de padres a hijos marca el ritual a seguir. Es una celebración, por cierto, pero la situación impone una sensible austeridad.

A los latinoamericanos (y con sus variantes, a otros pueblos, también a pueblos semitas) nos parecería muy poca fiesta, hechos como estamos a los adornos de colores para mostrar que la fiesta es fiesta, con músicas que no esconden sus fuertes ritmos originarios, cultivados en estas tierras o traídos (en cadenas) del África; con comidas y bebidas que entonan, con animadas conversaciones, con el entusiasmo del tiempo libre, la fiesta supone algo de quebrar rutinas, saltar formalidades. En cambio aquí vemos un austero salón con una mesa y algún banco para sentarse, un jarrón de agua y una palangana y toalla para lavarse pies o manos, unas pocas lámparas que apenas sostienen la vista. Una comida frugal con hierbas amargas, un poco de pan y vino.

Son apenas unos pocos hombres (quizás acompañados de algunas mujeres disimuladas en los textos), separados, al menos por ahora, de sus familias, venidos a una ciudad extraña siguiendo a un maestro que en los últimos días se empeña en mostrarse a la vez activo y misterioso, público y enigmático. Están reunidos en una casa a la que han sido conducidos para celebrar la fiesta que no han preparado. Es una fiesta de la familia, pero la familia no está para celebrarla. Es una fiesta de la casa, pero celebrada en casa prestada. Es una fiesta de la liberación y la justicia, hecha en medio de conflictos, amenazas y anuncios de muerte. Es una fiesta de un pacto, pero donde se proclamará que hay que hacerlo de nuevo.

Están en una pieza del piso superior. La criada de la casa ha dejado la comida sobre la mesa. Todos suponen que el Maestro dirigirá la ceremonia, y no suponen mal. Pero una vez sentados a la mesa, seguramente dichas las oraciones de práctica, y repetidos los textos ceremoniales, la cena va transcurriendo calmadamente. No podemos saber qué pasa por las mentes de estas personas aquí reunidas. Una pascua lejos de su familia... No es la primera que pasan junto a su maestro, pero en Galilea estaban cerca de casa².

¹ Todos los textos citados pueden buscarse en EEH anteriores. Por ello hemos de seguir el relato de la Santa Cena en Lucas, que no se usa en ningún momento en el leccionario, y por lo tanto queda un tanto “excluido” en nuestros comentarios.

² En esto discrepan los Evangelios sinópticos del de Juan. Para este último, Jesús pasa las fiestas pascales en Jerusalén, mientras que Mateo, Marcos y Lucas solo reconocen la última en la gran ciudad. En este texto estoy siguiendo mayormente la tradición sinóptica, especialmente Lucas, por eso se hace desde esa perspectiva.

Alguno pensará... ¿qué hacemos aquí, en esta Jerusalén corrupta? Volvamos a Galilea, donde el pueblo nos reconoce, donde la gente se admira de la enseñanza y poder de Jesús, donde los fieles recuerdan con amor a los profetas. Volvamos al territorio seguro de las aldeas rurales, a los espacios conocidos... regocijémonos con los nuestros, con nuestras comunidades fraternas... ¿por qué aventurarse frente a este mundo hostil, por qué inmiscuirse en la sucia política de la ciudad?

A otros se les dará por comentar los hechos recientes... no deja de resonar lo que hizo Jesús al entrar en Jerusalén: ni su aclamación como rey ni la insospechada ira con la que tumbó las mesas de los mercaderes del Templo. O sus durísimas palabras, llamándolos ladrones. O las más duras aún contra los fariseos y escribas. O la ironía con que responde a los sacerdotes, o la diatriba anunciando la destrucción del Templo. Esto no pasaría sin respuesta...

¿Es eso lo que busca Jesús? ¿Acelerar los tiempos para provocar la sublevación que termine en su coronación como Rey de Israel?... Algunos están tan convencidos de ello que ya tienen escondidas entre sus ropas dos espadas que no se sabe de dónde salieron. Fuera de este círculo más íntimo también se comenta y espera que éste es quien ha de redimir a Israel de su nuevo cautiverio y restaurar el reino en este tiempo. Si es así, conviene comenzar ya a acomodarse, asegurarse un buen lugar en el futuro gobierno -- no dejan de pensar para sí algunos; y un par de hermanos incluso se atreven a comentarlo entre ellos, y alguien que los escuchó comenzará luego a discutir con ellos.

Ellos no lo saben todavía, pero nosotros sí. Uno cavila... ¿en qué momento hacerlo, cuando será la mejor oportunidad? Es el que lo entregará, el que ya pactó con el enemigo, el que no confía en que un curandero advenedizo pueda salvar al mundo. A ese mundo dominado por el dinero, por el poder de los ritos y símbolos que manejan los sacerdotes, por ese otro poder armado que maneja Pilatos. Treinta monedas de plata no son poca cosa, en este mundo empobrecido. El mundo se mueve por plata, no por fe, y yo he conseguido mi porción, se dice para sus adentros, mirando de reojo al Maestro que ya le conoce el corazón, que ya descubrió su jugada. En algún momento él mismo lo desafiará: --"la mano del que me entrega está en esta mesa conmigo", para luego confrontarlo en el momento crítico: --"¿con un beso me entregas?". Pero, como queda dicho, ellos aún no lo saben.

Así va transcurriendo la cena, sin sobresaltos; fuera de las circunstancias en que ocurre, todo ocurre como debería. A nadie se lo ocurriría llamarla especialmente "santa". Pero entonces sucede lo inesperado. El Maestro se para y comienza un nuevo discurso, uno que no está en el ritual. --"He querido estar con ustedes y comer esta pascua juntos antes de mi muerte..." ¡Otra vez ese lúgubre anuncio! Pero ¿qué le pasa? ¿Dónde quedó esa fe que le permitía enfrentar sin miedo a los poderosos, que cura enfermos, que multiplica alimentos, que restaura y consuela? ¿Dónde la fuerza de sus enseñanzas, el anuncio del Reino de Dios, la bienaventuranza de pobres y postergados, la promesa de vida abundante, si ahora anuncia muerte para sí y sufrimiento para muchos?... Pero a la vez dice que la comerá de nuevo en el Reino de Dios. A los discípulos (y quizás discípulas) presentes les conmueve esta nueva paradoja, que Jesús viene anunciando desde que se puso en camino a Jerusalén.

Levanta la copa: "Tomen esto y repártanlo para que todos tomen de ella. Yo no volveré a tomar hasta que venga el Reino de Dios" (Ah, pero entonces, el Reino viene pronto... antes de la próxima comida...)

Una nueva acción de gracias, fuera de ritual, partiendo el pan a mitad de la comida..."Esto es mi cuerpo que es dado por ustedes... háganlo en memoria de mí" (y ahora... ¿qué quiere decir que es su cuerpo, y además partido? ¿cómo "en memoria"?... ¿el Reino viene y él no va a estar?... ¿cómo entenderlo... qué nos está queriendo decir...? Otra vez hablando, no ya en parábolas sino en signos confusos, en símbolos que nos tocan pero que no sabemos descifrar...). "Alguien me ha de entregar..."

La cena apacible entra en un momento de sacudimiento. Las discusiones se suceden. Ahora hay que saber quién lo va a entregar. Los que escucharon a los hermanos se ponen a discutir sobre quién es el mayor. Pero el maestro les dice que si quieren eso, que se pongan a servir, que se hagan esclavos. Y luego, para terminar de confundirlos, les dice que les va a dar tronos en su reino. El maestro cambia las instrucciones: tomen bolsa, alforja, consíganse espadas... "Porque me van a contar entre los malvados...", concluye.

La cabeza revienta en preguntas, el corazón no puede contener las emociones encontradas. Nos preparamos para la acción o para la muerte, para el reino o para el fracaso. La cena ha terminado en este torbellino. Entramos para una cena ritual y salimos con un ritual diferente, que aún no sabemos qué significa, qué puede significar, a dónde puede conducirnos... y pensar que esta cena será recordada como "santa"...

Vuelvo a mis cavilaciones actuales. ¡Cuántos de estos pensamientos son los míos! ¿No me gusta a mi a veces pensar que es mejor quedarse en las comunidades que ya conocemos que aventurarnos al inhóspito compromiso de la ciudad? ¿No nos confrontamos, tantas veces, por los "puestos de honor", por pequeñas parcelas de poder? ¿No me tienta resolver los problemas un poco con la fuerza, con las espadas físicas o simbólicas, o con la dura espada de palabras y agresiones? ¿No me parece tantas veces que la plata resuelve más problemas que la fe, y realizo mis pequeñas traiciones? ¿Será por eso que una y otra vez hay que "hacer memoria", para no olvidarnos quien es nuestro maestro y cuál su entrega y promesa, renovar el pacto "cada vez que lo hagamos"? ¿Será por eso que esta cena aún a exposición y misterio, revela y oculta, nos muestra cuerpo y sangre, pero a la vez anuncia gloria y espíritu? ¿Acaso no me empuja con fuerza inesperada a lo que me espera, lucha o fracaso, muerte y Reino? ¿Será porque encierra la vida cotidiana en la fiesta de Dios que, más que nada, merece el título de "Santa"? La cabeza revienta en preguntas, el corazón no puede contener las emociones encontradas.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 085 – Abril de 2007**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN Nº 1340/2001*****Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET*****Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Responsable: Néstor Míguez****6 de abril, Viernes Santo (Negro)**Salmo 22, Isaías 52:13-53:12, Hebreos 10:16-25 o Hebreos 4:14-16, 5:7-9, Juan 18:1-19:42³**Un día como para llorar**

La noche no había sido tranquila. Cualquier observador hubiera notado movimientos poco habituales. El inexperto quizás los atribuyera a la fiesta, pero alguien que conociera aunque sea un poco las prácticas del lugar se hubiera dado cuenta que no era así. No es frecuente que las puertas se abran a medianoche para dejar salir una patrulla que acompaña al Sumo Sacerdote y que vuelve un tiempo después con un prisionero y una pequeña turba entremezclada, en la que se ha filtrado alguno de los que siguen al reo. Eso no tiene nada que ver con la celebración de Pascua.

Tampoco esa vigilia que se arma en el patio de la casa del Sumo Sacerdote. Ese fogón, y esa tertulia en la que se cuele ese Pedro infiltrado, solo para negar entonces que lo es. Lo que si es de práctica, como suele ser en muchos imperios, es que los soldados abusen de los prisioneros, que los torturen y se burlen de ellos, que ejerciten una brutalidad gratuita, descarguen su fomentada agresión, su odio construido para engordar las arcas de los que los mandan.

No es frecuente que el Sanedrín se reúna durante la fiesta para algo distinto que la celebración misma, que lo haga al despuntar el día, con las puertas de la ciudad aún cerradas, para iniciar un juicio sumario donde no se puedan acercar los testigos. Pero la ocasión lo vale: hay que resolver esto rápido. Hay que liquidar el problema antes que se vuelva más grande; hay que salvaguardar, si no al pueblo, por lo menos a la ley y la nación (y nuestro lugar y poder). Hay que entregarlo a Pilato, que sabe como tratar a estos alborotadores.

Pilato y Herodes, que no residen allí, están ambos en la ciudad. No se llevan bien. Cada uno siente que el otro es una amenaza para su poder. Pero coinciden en el tiempo de la fiesta. Pilato, como comandante militar que busca cuidar el orden y el poder de Roma. Herodes Antipas para demostrar que es un judío entre judíos (aunque no lo es), que reclama el palacio que le legó su padre; el sería el legítimo ocupante y heredero de ese trono, depuesto su hermano Arquelao. Herodes quiere alegar: esto es parte de mi reino, y el Pretor romano irrumpe en la línea sucesoria, quebrando la unidad de la nación, separando el Israel histórico en provincias desconectadas. Pero Pilato sabe que, sin el apoyo militar del Imperio, ni Herodes ni ninguno de sus hijos hubieran tenido ninguna posibilidad ni legitimidad para sentarse en ese trono. Se recelan, pero se necesitan. Y se amigan en esta travesura de mandarse mutuamente el prisionero, como un juego diplomático a expensas de un pobre carpintero con fama de milagroso. Que solo le respondió al curioso Antipas con un silencio descomedido, ofuscante. Dándole una nueva oportunidad para que él y sus

³ Todos los textos citados pueden buscarse en EEH anteriores. Por ello hemos de seguir el relato de los hechos del viernes en Lucas.

soldados disfruten mortificándole, ejerciten su crueldad, señal de un poder que ya se cobró la vida de Juan el bautizador, entre otros. Y sin saber y en burla honran a quien verdaderamente merece honra, al que por sangre y prestigio, por sentido y destino es el verdadero rey que muchos esperan – aunque su humildad lo oculte, y por eso lo revele.

Pero Pilato es un político hábil y cruel a la vez. Su habilidad está, justamente, en la capacidad que tiene para saber cuándo mostrar y cuándo ocultar su crueldad. Y en ocasiones se muestra esquivo, para que otros carguen con su crueldad. Y esta es una buena oportunidad para hacer valer esa ambivalencia. Es una ocasión apropiada para mostrarles a estos orgullosos sacerdotes cuánto dependen de él, de su humor. Es su perversión, no su bondad, la que le hace jugar a que mata o salva, a que ofrece y quita. Y que finalmente sólo él solo tiene el poder de decidir, aunque ellos piensen que deciden ellos. Barrabás o Jesús: lo mismo le da uno u otro; siempre será un judío menos, piensa. La historia nos contará que terminará con miles de ellos, según le den la oportunidad.

Es que esa será, siempre, la dinámica del imperio. Sostener sus gobiernos títeres para que, llegado el caso, les haga reprimir a los propios para cambiar sangre por prebendas. Mo(un)strarse cruel en su generosidad, generoso en su crueldad. Excesivo en sus atributos, atribulado en sus excesos (pero esa culpabilidad no disminuye su soberbia: la aumenta; pretende mostrar que puede con su propia debilidad, que castigará sus propias desviaciones porque solo el imperio tiene poder de castigar). Y así le da poder a estos infelices sacerdotes para ejercer su ministerio de muerte, su vocación sacrificial...

Un negro⁴ pobre, de origen rural (valga el prejuicio racial también, ya que estamos) es obligado a cargar la cruz del reo. Ahora las puertas de la ciudad ya están abiertas, y la multitud que aclamaba a Jesús como Rey hace unos días, y que lo rodeaba cuando enseñaba y discutía en el templo, se acerca y puede entrar en la ciudad. Pero entonces se encuentra que su candidato a libertador, rodeado de soldados, es llevado para ser ejecutado. Ya poco se puede hacer, sino condolerse. Las mujeres dejan correr sus lágrimas, y Jesús sabe que muchas más han de correr. Porque la crueldad no acaba con esta venganza del poder amenazado, de la usurpación denunciada, de la desmesura del imperio. “Si esto hacen con el árbol verde, ¿qué no harán con el seco?”

Para qué abundar más. Así continuarán las burlas, la saña de la cruz. Esa espera infinita de la muerte, colgada en la cruz sin tiempo. Esas horas interminables de la agonía, que no se sabe cuando tendrá fin.

Inesperadamente el diálogo con los otros condenados. El que, víctima de la brutalidad del imperio, la secunda desde la propia. El otro, que en la misma situación, se da cuenta de cómo ha caído en el intercambio de las violencias que esclavizan y valora el camino de Jesús. Aquél rebelde, bandido de correrías robinhoodianas⁵, sabe que ha perdido en el juego de los opuestos iguales, que buscó cambiar poder por poder, imposición con revulsión, y que solo ha conseguido acelerar más el círculo trágico de la reproducción de la muerte. En la cruz, cuando los ojos se enturbian pero la conciencia lo pone ante la última disyuntiva, adquiere la claridad que no tuvo, para ver que el buen deseo no siempre conduce a buenos resultados. Allí se da cuenta que el valor no resuelve las cosas si no descubre otros caminos que los ya trillados de la copia de lo que me hizo el opresor. Ha detectado que la ley que condena, que no sabe de dolores o frustraciones, que ignora sometimientos e intenciones, puede obrar la injusticia, y pide entonces que la otra justicia, la de

⁴ Es probable que Simón de Cirene fuera de piel oscura. De hecho Cirene queda en el norte de África. En Hch 13:1 aparece un “Simón, apodado el Negro”, que podría ser este mismo entre los dirigentes de la iglesia de Antioquía, junto a Lucio de Cirene. Sin poder entrar aquí en todos los detalles exégeticos de estos pasajes, creo que es un indicador del lugar de origen de estas personas en la comunidad, y de su identidad racial.

⁵ Los crucificados con Jesús no son simples ladrones, sino deben ser juzgados como bandidos sociales o rebeldes políticos, ya que solo estos y os esclavos rebeldes o fugitivos eran condenados a este suplicio.

Jesús, lo acoja. Y como tantas otras veces, aunque en el extremo de la vida, su pedido no quedará sin respuesta.

Ni el sol resistió tanta parodia, tanta burla de lo bendito (de lo bien dicho), tanta ironía de la historia, tanto ensimismamiento del imperio, tanta soberbia de lo hierático. Y se echó a dormir fuera de tiempo, en pleno día, para no ver la ignominia a la que los hombres lo obligaban a asistir. El velo del templo develó el lugar del innombrable, porque el elegido de Dios estaba muriendo. Pero no se vio nada, pues Dios lo estaba esperando afuera de la ciudad. Y entonces aquél condenado de los pecados ajenos le pudo decir, con su postrer clamor, que le devolvía lo que le había dado, que lo propio era también de Dios, que lo humano puede residir en lo divino, porque lo divino puede residir en lo humano. Tan así que hasta aquél soldado de tantas batallas, en su momento humano (que también lo pueden tener) se dio cuenta.

Y entonces, todos nos fuimos, golpeándonos el pecho, dejando caer nuestras lágrimas de dolor, de impotencia, de tragedia infinita. Vislumbrábamos sin saber que habíamos visto en unas pocas horas, en un día como para llorar, el drama de toda la historia.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 085 – Abril de 2007

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN Nº 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable: Néstor Míguez

7 de abril, Vigilia de Resurrección (Blanco y/o Dorado)

Salmo 114; Romanos 6:3-11; Lucas 24:1-12

Qué pasa cuando no pasa nada

Después de tanta agitación, nadie en la calle. El Sabbath había caído con su manto de inmovilidad en la concurrida ciudad. Los peregrinos que no habían iniciado su regreso permanecían en los alrededores sin entrar a la ciudad, y se estaban preparando para retornar a sus hogares. Solo algunas mujeres salían con sus cántaros, aprovechando la última luz, para buscar un poco de agua que había resultado escasa.

La peor sensación es que todo sigue igual, como si nada hubiera pasado. Como si no hubieran pasado estos tres años de esperanza, de milagros inusitados, de panes repartidos y enfermedades curadas, de vidas recuperadas, de dignidades reestablecidas. Pero pasó, pasó el sueño, paso la última ráfaga del Espíritu sin que hubiéramos podido respirarla, y su fue, exhaló con su último suspiro, con su clamor postrero. Para los que creímos, pasó todo, todo ya pasó. Y entonces, ya nada puede pasar.

Lo que pasó el viernes fue doloroso. Pero algo pasó. Porque cuando un hombre da la vida por sus amigos, algo pasa. No es un hecho vano, un acto tirado al vacío de la historia; es algo que ocurre y ocurre ejemplarmente. Es un acto gratuito en un sentido, pleno en su sentido. Ocurre porque sí, por nada. Y ocurre porque sí, por que es una afirmación final de lo que se puede ser.

Pero eso ya pasó, pasó el viernes. Y ahora ya no pasa. Y como quedó así, no pasa nada. No hay ni puede haber clamor de justicia: el imperio no los conoce. No hay ni puede haber otro mesías, este ya está muerto. Solo hay tumba, y no pasa nada.

Tanto no pasa nada que muchas de nuestras iglesias permanecen tan cerradas este sábado como la tumba misma. Y mucha de nuestra historia también. Si no pasa nada, nosotros somos una nada que pasa. No hay Dios que pueda movernos. No hay luz que pueda iluminarnos, no hay amor que pueda sacudirnos.

La historia de este mundo es un largo sábado si el imperio tiene la última palabra.

Pero no ha de ser así.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 085 – Abril de 2007

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN Nº 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable: Néstor Míguez

8 de abril, Domingo de Pascua (Blanco y/o Dorado)

Salmo 118:1-2.14-24; Hechos 10:34-43 o Isaías 67:17-25; 1 Corintios 15:19-26 o Hechos 10:34-43; Juan 20:1-18 o Lucas 24:1-12

“Cuando llegue el alba, viviré, viviré...”⁶

Vieja soledad, hoy me iré de ti
buscando el calor de un amanecer
Cuando llegue el alba, viviré, viviré.

Nosotras sabemos cómo sigue esta historia, siglos después la hemos escuchado contar una y otra vez. Pero, por la fuerza de la literatura puedo volver al lugar del observador y verla como desde un principio. No tendré, seguramente, la sorpresa de lo inaudito, de lo inusitado, de lo imposible.

Solo una pregunta me asalta cuando me ubico en mi puesto de observadora: ¿lo veré yo también? ¿Será visible para los ojos del observador advenedizo, o sólo le será dado a quienes fueron

⁶ “Cuando llegué el alba” es una zamba tradicional argentina. Los acordes para guitarra pueden encontrarse en www.elguitarrero.com.ar/CancionesTXT/CuandoLlegueElAlba.txt - 2k - Hay una versión cantada por Jorge Cafrune, que se puede bajar de internet. Transcribimos la letra completa:

Quando llegue el alba
Vieja soledad, hoy me iré de ti
Buscando el calor de un amanecer
Quando llegue el alba, viviré, viviré.

Noche adentro irá, vencida de amor
La tristeza gris de mi corazón
Quando llegue el alba, viviré, viviré.
Est.:
A un costado del olvido
Mis sueños madurarán
Reventando en luz, florecidos.
Quando llegue el alba, junto a ti, viviré.

Encontrarte fue intuición de Dios.
Todo nace en ti, como nací yo.
Quando llegue el alba, viviré, viviré.

Tus palabras son fresco manantial:
Oyendo tu voz aprendí a cantar.
Quando llegue el alba, viviré, viviré.
W. Belloso/A. Figueroa

elegidas y a esos dudosos discípulos, el verlo, el descubrir su presencia física? A su vez sé lo que ellas no saben y por eso espero a estas compañeras de mi testimonio. Sé que se acercarán por el camino, todavía guiadas por la luz lunar de esa luna llena, la primera de la primavera, llegando al lugar de la memoria solo con los primeros rayos del alba.

Las veo venir por el camino. No sé dónde han pasado la noche, amigas de Galilea. ¿Se habrán quedado en Betania, en casa de Marta y María? ¿En casa de algún vecino hospitalario de Betfagé? ¿O con Cleofás y María en la cercana Emaús? O quizás, menos probable, en algún rincón del Monte de los Olivos, junto al campamento de los hombres... no, vienen con perfumes y ungüentos para el muerto, así que han pasado el Sabbath en alguna casa o aldea donde han podido prepararlos...

Apenas bultos en la noche que huye. Hay más de una, pero cuánta soledad. Es que no es que no alcanzan las muchas a ser verdadera compañía cuando se llora al amado.

Se acercan a la cueva, al depósito mortuario. La piedra que lo cierra todavía está allí. Me preparo para el momento decisivo. El pálido rosado que tengo enfrente se va tornando en un dorado irradiante. ¿Lo veré salir del sepulcro? Miro hacia abajo, mis propias manos sudorosas por la ansiedad del momento; como un frío, que no es solo el rocío de la noche, me pone en tensión, casi tiritando. Me restriego los brazos, buscando el calor del amanecer. Levanto la vista y la punta del sol ya ha comenzado a brillar, atrae mi mirada instintivamente. Me enceguece por un momento, ¡justo cuando iba a mirar el sepulcro! Trato de enfocar de nuevo mis ojos, pero ese segundo de encandilamiento fue... cuando logro fijar de nuevo la vista veo lo mismo que ellas: la piedra corrida, dos hombres vestidos de blanco. ¿Fue el sol el que me deslumbró? ¿O fue la luz del resucitado? Y yo que pensé que no sería sorprendida, que por fin podría dar una respuesta que no dependiera de la fe, que sería el positivo testigo transtemporal del momento Omega de la historia...

Las otras mujeres se acercan, los varones de blanca vestidura les hablan... ellas salen corriendo. Ahora tienen algo que decir. De alguna manera la noticia produce el reencuentro. Adiós, vieja soledad... hay una presencia infinita que estará con nosotras siempre. El amado vive, lo percibimos en la luz del amanecer... sus enviados nos hablaron, y nosotras recuperamos sus palabras, su memoria. Y yo que pensaba que no cabía la sorpresa, la emoción...

Noche adentro irá, vencida de amor
la tristeza gris de mi corazón.
Cuando llegue el alba, viviré, viviré.

No podrán con su incredulidad. Hombres necios... que no son capaces de confiar en las que dicen que aman. Es más fácil acusar de locura que creer en lo esperado. Pero, si no creyera en la locura, no podría esperar. Seguiríamos en la noche, en la eterna noche del sábado, la infinita tristeza gris que come el corazón, que destruye la vida. Pero sé que el amado vive. Lo sé porque una triste tumba, una cueva de muertos, ya no lo podía cobijar, confinar, retirado de la vida que está en él, en nosotras; una piedra que cerraba y nos separaba fue sacada en el momento impensado, en el hecho sin igual que descubre lo inasible, del que solo se puede hablar desde la locura del amor. Me lo dijo su mensajero, me lo dijo mi corazón, me creció vida adentro como don del Espíritu. Más aún, se me hizo fe, fuerza, dirección: se me hizo vida misma, pura vida. La tristeza de la muerte absurda, de la muerte injusta, se quedará en las tinieblas de la noche. Pero llegó el alba: vive, vivo.

A un costado del olvido
mis sueños madurarán,
reventando en luz, florecidos.
Cuando llegue el alba, junto a ti, viviré.

Y ahora vivimos en esta memoria, que es memoria y futuro a la vez. Visiones que se hacen posibles, infinitas, eternas. La pesadilla de la nada se transforma en sueños maduros, venciendo el olvido. Cuántos amores por vivir, cuantas batallas por luchar, cuantos consuelos que nos

buscarán, cuantas noches a derrotar. No será tan fácil, yo sé qué pasa, no será tan simple como pensaba. Esos sueños a Jesús le atrajeron el odio, le costaron la vida, le arrimaron la muerte, lo tendieron en la cruz, lo llevaron al sepulcro. Pero no murieron, reventaron de luz, florecieron. Yo sueño esos mismos sueños, son sueños que no se olvidan, porque sé que no son simples sueños, son la voluntad divina. Son el Reino, esa nueva manera de relacionarnos como humanos, de encontrarnos con nuestra dimensión de eternidad, con esa imagen que somos y que nunca somos plenamente, pero que seremos. Porque también yo, cuando llegue el alba, junto a ti, viviré.

Encontrarte fue intuición de Dios.

Todo nace en ti, como nací yo.

Cuando llegue el alba, viviré, viviré.

¿Cómo te encontré, Dios mío? ¿Cómo sé que vives, si aún no te he visto? Nunca sabré si existes, nunca podré probar que estás, nunca tendré tu retrato, nunca sabré el color de tus ojos. Eso ya pasó. Si alguien alguna vez te conoció así, hoy ya no puedo. Te he contemplado tantas veces, y nunca te pude ver. Te he encontrado en tantos lugares, y nunca te pude retener. He conversado contigo tantas veces, los secretos más íntimos, en los que yo misma me desconozco, y sin embargo cada vez tu palabra me suena como nueva, como llamado primero, como eco de lo que vendrá. Pero habiendo nacido, estoy muerta. Habiendo respirado, me ahogo. Palpitando en emociones, me derramo en sangres inútiles, dolorosas. He pasado las noches, y me he acercado para traerte los ungüentos que honran tu recuerdo. Pero en mí no hay vida, si no puedo nacer otra vez en ti.

Solo el aliento de tu amor me dice de tu cercanía, solo en tu intuición percibo mi existencia. Todo nace en ti, como nací yo. Quiero vivir, como tú vives, porque, como un bautismo ancestral, sé que comparto tu muerte. Pero cuando llegue el alba, viviré, viviré.

Tus palabras son fresco manantial:

Oyendo tu voz aprendí a cantar.

Cuando llegue el alba, viviré, viviré.

Y entonces otra vez tus palabras, las que hacen arder el corazón, las que abren, no solo la tumba, sino el sentido, las que acompañan el pan cotidiano, la copa compartida. Las que dicen mi nombre para que te reconozca en el jardín de las lágrimas, que florece como Edén del reencuentro. Muchas imágenes, todas insuficientes. Muchos escritos, ninguno único, total, porque lo único y total no reside en estas palabras o aquellas, sino en el hecho de que tú las dices. El manantial no está en las palabras, sino en tus palabras. Tu voz es manantial fecundo, fuente de dulzor que inunda al mundo. Hay que oír tu voz para aprender a cantar la canción de la alegría, el himno de la esperanza. Podremos aprender la letra de memoria, reiterar en mil acordes, hacerlos sonar en todas las fanfarrias, podremos ver la banda pasar tocando cosas de amor. Se puede hablar mucho de eso, pero solo lo aprenderemos a cantar oyendo tu voz, la voz que llama a sí. Es que solo esa canción y esa voz la que hace amanecer, la que anuncia el nuevo día. Es el canto del alba, no la serenata romántica del enamorado nocturno, sino la del amor valiente que se muestra y actúa. El que seguirá alentado por siglos a los hijos de la luz. Porque sé que aunque ahora intento y desafino, y vuelvo a intentar, y trato de escuchar y seguirte en la melodía infinita del amor que da vida, que cuando llegue el alba, viviré, viviré.

A un costado del olvido

Mis sueños madurarán

Reventando en luz, florecidos.

Cuando llegue el alba, junto a ti, viviré.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 085 – Abril de 2007

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN Nº 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable: Néstor Míguez

15 de abril, Pascua 2 (Blanco)

Salmo 118:14-29 o Salmo 150; Hechos 5:27-32; Apocalipsis 1:4-8; Juan 20:19-31

Aparición a los 10⁷

La puerta está trancada. El cuarto, ni grande ni chico, apenas es iluminado por un ventanuco alto. La luz de los arboles del poniente, levemente violácea, lo hacía todo más fantasmal. Una mesa está corrida a un costado, contra la pared, bajo la ventana.

Sentado sobre la mesa, los pies colgando, hay un hombre bastante joven, con el bozo apenas sombreándole el rostro, aunque un rictus incierto le marca las facciones suaves. Detrás de él otro hombre descansa sobre la mesa. Es largo para su improvisado lecho, y las piernas, de la rodilla en más, le quedan al aire. Está volteado hacia la pared, la cabeza sobre una mano, la otra tomándose la nuca; pero se nota que no duerme. Cada tanto se sacude con un profundo suspiro, como un quejido, como un llanto.

Otro se esconde bajo la mesa, sentado con las piernas recogidas, la espalda apoyada en la pared. Apenas un bulto arrojado allí para que no estorbara, no se distinguía en la oscuridad. Forzando la vista se distingue la cabeza, que le cae entre las rodillas, sobre el pecho. Más allá, de pie, un cuarto varón, recostado sobre la misma pared. Era el más inquieto de ese grupo. Por momentos se ponía en cuclillas, luego se paraba, levantaba un pie y lo apoyaba en la pared, lo volvía a bajar, se erguía, sacudía los hombros, se dejaba caer nuevamente espalda a la pared, las manos colgando, se volvía a enderezar... El más joven lo observaba cada tanto, y luego volvía a mirarse las manos entrelazadas.

Una silla, cerca de esa mesa, es ocupada por un tipo bajo, de piel más oscura. Está sentado con la silla al revés, las piernas abiertas, los brazos cruzados apoyados sobre el respaldo, el mentón apoyado sobre el brazo. La tupida barba oscura, casi hasta los ojos, no me deja ver su gesto, pero no oculta el brillo de su sudor, quizás sus lágrimas. En la esquina había otro de rodillas, sentado sobre sus talones, mirando cabizbajo al rincón. Tenía la ropa rasgada. Era el único que producía un ruido constante, un murmullo permanente. Se balanceaba como en trance.

Un pequeño banco de madera se ubica contra la otra pared, opuesta a la puerta. Lo ocupan otros dos hombres, que por el parecido bien podía pensarse que son hermanos. Uno tiene las manos sobre las rodillas, mirando fijamente a la puerta, como si en cualquier momento fuera a salir disparado hacia allí; el pecho descubierto, velludo. Cada tanto sacudía la cabeza de arriba hacia abajo, apretando los dientes; o, pasado un tiempo, cerraba los ojos, movía la cabeza de izquierda a derecha, y entonces se mordía el labio inferior. El otro hermano (si lo era) ha cruzado el brazo

⁷ Una versión de este relato se publicó en la revista de teología práctica del ISEDET *Visiones y Herramientas* 5 (2007) en el artículo: “**Entrelazando historias: la actualidad de la predicación narrativa**”.

izquierdo sobre el pecho, la mano en cuña, sosteniendo el codo del otro brazo, en cuyo puño apoya la cara. Tenía una actitud más reflexiva.

Finalmente el más anciano, calva y barba canosa, está un poco apartado, junto a otro más alto y joven, aunque no mucho, parado al costado, ambos mirando a la pared. El anciano cada tanto levanta un puño y golpea la pared repetidas veces, como con ira. A veces, impotente, se golpea la cabeza contra la pared, y lanzando un gemido lastimero, o un grito desgarrador... “¡No, no, no...!”.

El otro trata de contenerlo, consolarlo, rodeándolo con ambos brazos, las manos en el hombro. Lo estrechaba contra sí, le hablaba al oído. El viejo pareció serenarse, se afloja... pero un rato más tarde volvía a repetir sus gestos autodestructivos.

Allí están encerrados esos diez hombres. Cerradas las puertas, cerradas las esperanzas. Cerrado un tiempo de expectativas, de entusiasmo, de peligros inadvertidos, de peligros advertidos y afrontados, y otros advertidos sin saber qué hacer. Un tiempo de frases enigmáticas que ahora se revelan, se rebelan, los desvelan, y se ocultan, los abisman.

Pasadas fueron también las horas provocativas y lacerantes de los últimos días, la excitación enloquecida que produce esa sensación de no estar pasando pero pasa, de no estar ocurriendo pero ocurre, de no puede ser pero es. Después de todo, los sentimientos también se palpan.

También el peligro y la muerte excitan. También la cobardía se vive intensamente, requiere decisión y cuidado. Hay que decidir decir no, hay que afrontar el temor de ser descubierto al negar, al mentir. Y después, se sabe, hay que vivir con ello encima mucho tiempo. Y pesa, tanto o más que la temeridad que no se tuvo, tanto o más que la traición, otra heroicidad al revés. Pero ahora ni eso. Solo esta nada, que ni a la muerte impulsa.

Abatidos, y me queda corta la palabra. Esa es la sensación que recibo cuando los miro. La derrota por fuera y por dentro. La derrota en una lucha que nunca llegó verdaderamente a darse, el sentido de haber perdido una posibilidad que nunca llegó a ser.

Según dicen, uno vio y creyó, pero nada dice, quizás por que ni siquiera está entre ellos. Otra vio entre lágrimas y reconoció entre suspiros, pero tampoco está, porque es mujer y las mujeres no son creíbles, y menos se si sospechan de enamoradas. Según dicen, otro vio y no creyó, porque no entendía nada aún. Uno que nada dice, otra a quien nadie cree, el otro que nada entiende. Y en todos una sensación de nada que invade (vanidad de vanidades, dice el predicador...uno lo recuerda pero no se atreve a decirlo...). Ese sentimiento de vacío que solo deja lugar a esa otra sensación de nada que es el temor, que demora los tiempos hasta el infinito, donde el sentido se consume a sí mismo.

Allí están. Así están. Temor, angustia, desamparo, desilusión. Extraños galileos encerrados en Jerusalén, sospechados por el poderoso Consejo, sin alternativas ni reservas. Desorientados, ¿qué podían esperar? Nada peor que la vida sin espera, cuando se conoció la vida que viene.

Vuelvo a contarlos: uno, el que está acostado en la mesa, y el joven sentado en ella, dos. Tres, el de debajo de la mesa. Cuatro el inquieto. Cinco el que está a horcajadas de la silla. El arrodillado del rincón, seis. Los dos hermanos hacen ocho. El viejo y su amigo, nueve y diez; once el que está parado en el medio... ¿el que está parado en el medio?

No estaba antes.... Nadie sabe desde hace cuanto que está allí, cómo entró... ni yo mismo, invisible observador advenedizo, me di cuenta. Ellos tampoco, cada uno ensimismado en su propio quebranto.

Ahora habla, los saluda con el tradicional “Shalom”.

Entonces lo miran. Los rostros cambian de temor a asombro, se quedan como petrificados. Miran de nuevo, fuerzan los ojos en la penumbra... No puede ser, es un efecto de la poca luz... El recién llegado levanta las manos y se las muestra, hace un gesto y se levanta la ropa del costado del cuerpo. Es un aparecido en quien viven todos los desaparecidos.

Todos se miran sorprendidos. El que estaba bajo la mesa se golpea la cabeza por levantarse de golpe, pero se ríe, se ríe como loco. El viejo cae de rodillas, el arrodillado se levanta como si tuviera un resorte. El inquieto grita y salta, y luego se tira al piso boquiabierto. Todos se acercan, lo rodean. Los hermanos dejan sus sillas, se abrazan, van a empezar a bailar, pero se detienen porque escuchan que el recién llegado vuelve a hablar. De repente se paran todos en torno de él. Vuelve a saludarlos con el deseo de paz. Yo también lo reconocí, me conmuevo, me desencajo. Aunque conocía el cuento, otra cosa es verlo, vivirlo. Notar lo que pasó en esos hombres, en mí, viendo al resucitado; pero claro, yo, por ahora, no cuento; ellos son reales, yo, un personaje de ficción llegado del futuro...

El resucitado trae la vida en exceso, después de haber visto aquí la vida en receso. Contagia de resurrección, impulsa a la alegría sin sentido, a la vida contra la vida. ¡Viva la vida para siempre!, contra la vida para nunca que te tiran cada día los cultores del culto. Estoy mirando el presente de la vida eterna, y descubro que no hay otra vida eterna que la que comienza en este presente que ahora vivo, de esta experiencia única que mi relato apenas intenta reconstruir. Pero que no hay presente si no fuera por esta vida eterna. Lo miro, y no puedo creer lo que veo. Solo cuando ya no lo vea, podré creer, confiar en lo que vi.

–“Como el Padre me envió, yo los envió”... Esto me sorprende más, si se puede. ¿Enviar a estos miedosos de puertas cerradas? Me dan gana de interrumpirlo... “Pero Maestro, ¿no los viste hace un minuto?; si daban para hacer una elegía, un tango tristísimo. Cambian de humor y se dejan caer, es una turba de llorones aterrados. Yo lo he visto recién. No tienen madera para estas cosas. No te olvides de las tonterías que dijeron más de una vez, de sus groseras incomprensiones, cómo te dejaron solo, como ahora se encerraron de miedo. Tú los conoces, los llamaste e instruiste, los cuidaste, los soportaste, llegaste a quererlos como amigos... eso lo entiendo; pero decirles que harán lo tú haces... ¿no es mucho?... ¿no es sobrevalorarlos? Las mujeres tuvieron más agallas que ellos, te acompañaron a la cruz, estuvieron contigo. El otro joven se mostró más dispuesto, incluso. Si no te pudieron acompañar en el exceso de la cruz, ¿cómo te acompañarán en el exceso de la resurrección? ¿Cómo vas a confiar en ellos, cómo los vas a comparar contigo mismo? Nunca podrán ser enviados como tú, obradores de justicia, nunca podrán ser señales de ninguna plenitud, pastores de ningún rebaño, anunciadores de ninguna valentía... Tú eres la vida, ellos la mediocridad. Volverán a su pesca triste, a su deambular de rutinas...

En eso un soplido, un viento ancestral, sale de la boca de ese resucitado. Comunica lo incomunicable, dice lo indecible, se hace yo en mi yo. Es un aliento celestial, un espíritu santo, es el espíritu del aparecido. De repente siento que mis reticencias y mis preguntas eran ridículas, que yo mismo tengo que salir a publicar lo que acabo de ver, que mis peores dolores son, sin embargo, señales de amor, que todos somos pastores y rebaños, que puedo afirmar lo inafirmable, porque he visto al Resucitado. Que soy justo en una nueva justicia, que nada me retiene, que estoy suelto de mis peores ataduras, que mis pecados son mis opciones, puedo ir más allá de cualquier desilusión, que cada cosa que me ha destruido también me construye, que cada desvío me abrió un nuevo camino. Que si me quiero quedar atado, es porque no he sentido que puedo aventurarme en la terrible demanda de la libertad.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 085 – Abril de 2007**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001*****Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET*****Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Responsable: Néstor Míguez****22 de abril, Pascua 3 (Blanco)**

Salmo 30; Hechos 9:1-6 (7-20); Apocalipsis 5:11-14; Juan 21:1-19

Ahora retomamos el camino más regular de la exégesis, ya que en los dos restantes domingo de abril se nos ofrecen textos del Apocalipsis que no han sido trabajados en nuestros EEH.

El libro de Apocalipsis es uno de los que más controversias ha desatado en el seno del cristianismo. Se han propuesto varias posibilidades de entenderlo y diversas estructuras en su composición. Sin adentrarnos aquí en ese debate, reconocemos en los primeros tres capítulos una sección que resulta relativamente independiente de lo que sigue. El capítulo 1 nos brinda la presentación general de la visión y sus protagonistas, y los siguientes (caps. 2 y 3) traen una sección particular que son las cartas a las siete iglesias del Asia Menor.

Es a partir del capítulo 4 que comienza la visión “propiamente dicha”⁸, donde el tono descriptivo estará dado fundamentalmente por elementos visuales, y se genera una visión con un nudo dramático y una secuencia narrativa. Por eso nos detenemos un poco en verlo, para ayudarnos a comprender mejor lo que es nuestro texto específico. El texto comienza (Ap 4:1) con una marca textual que separa esta sección de la precedente. Esta marca está dada por un elemento de separación temporal (*meta tauta* = después de estas cosas). Luego reitera, entonces, que lo que relata es una visión (*eidon* = vi). Ahora atisba una puerta abierta en el cielo, y la voz lo invita a subir para que se le muestre lo que ha de suceder “después de estas cosas”. En realidad *meta tauta* forma una pequeña inclusión de todo el versículo 1. Este versículo funciona como “bisagra” entre la primera y segunda parte del libro, entre lo que aparece como mensaje dirigido a las iglesias y lo que luego vendrá, que es lo que el revelador verá “como las cosas que han de suceder”⁹. en ese momento (v. 2) el visionario es llevado “en el Espíritu” para observar la sala del trono divino y la liturgia que tiene lugar en ella.

El texto del día (Ap 5:11-14) culmina la descripción de la sala del Trono Divino, con que ha comenzado la visión, y nos arrojará al cap. 6, donde comienza a desarrollarse el drama apocalíptico. Entramos así en la última sección de esta parte de la visión, que, en este caso, como la propia marca introductoria lo señala, es a la vez visión y audición: “Y vi y oí”. El elemento

⁸ Así lo considera la mayor parte de los comentarios. La continuidad de escenario, personajes, lenguaje, etc. marca claramente que los caps. 4 y 5 de Apocalipsis son una unidad literaria indivisible, solo diferenciada porque en el primero predomina el código descriptivo y en el segundo comienza a vislumbrarse un código narrativo, lo cual es propio de toda construcción de relato.

⁹ La secuencia temporal dentro de la visión es confusa, como lo demuestra el uso de los tiempos verbales a lo largo de todo el libro. Por lo tanto, lo que “ha de suceder”, ya ha sucedido o está ocurriendo, según una superposición propia de este texto, donde lo ocurrido, lo que está ocurriendo, y la realidad divina que se manifiesta en plenitud al final de la historia humana aparecen como simultáneos. Esto es una marca propia del libro de Juan que lo diferencia de otros apocalipsis de la época.

auditivo, ya presente anteriormente, ahora se destaca porque el núcleo de esta sección contiene una doble doxología, está compuesto básicamente por cánticos.

El primero de estos dos himnos (v. 12), se grita por parte de la corte celestial.

Hay una multitud de ángeles en torno del trono, junto a los vivientes y los ancianos, que se unen al coro. Ya no es la restringida antifona del entorno marcado en el capítulo anterior (4:4), sino que multitudes incontables se han agregado a la “demografía celestial”. Esta corte grita (gran voz) su cántico, donde se destaca la dignidad del cordero. El cordero es nuevamente caracterizado como “el que ha sido degollado”. El participio pasivo, aparece acá como un adjetivo especificativo. Este canto presenta similitudes y diferencias significativas con la anterior alabanza al Cordero (Ap 5:9-10): los dos hablan de la dignidad del Cordero, pero el del v. 9 lo hace en segunda persona, y este en tercera. Ambas mencionan la característica de “degollado”. Pero mientras la primera la levanta como el motivo de su dignidad, en la segunda parece como un dato especificativo. En el canto del v. 9, la dignidad del Cordero le permite tomar el libro, pero ahora lo que ha de tomar incluye: poder, y riqueza, y sabiduría y fuerza y honor y gloria y bendición. Así repite y expande algunos de los atributos que la doxología de 4:11 había puesto en manos del Creador. La unión de dignidad y honra, o de honra y gloria, aparecen en el historiador judío Flavio Josefo referidas al César y son las especificaciones del reconocimiento. En estos dos versos, entonces, se destacan como propios del cordero degollado (figura del crucificado, víctima del poder del Imperio) la totalidad de los atributos y reconocimientos propios del poder cesáreo romano.

Mientras la primera doxología de esta sección es para el Cordero, en la segunda se alaba conjuntamente al Cordero y el Entronizado. Ahora es el conjunto de lo creado que se agrega en este nuevo episodio litúrgico (v. 13). Es decir, entonarán este himno doxológico los mismos que fueron encontrados indignos para abrir el libro que está en la mano de Dios (cf. Ap. 5:3). La descripción es cuidadosa en repetir los espacios donde se buscó alguien digno para abrir el libro, pero se agrega ahora el espacio marino. Aun el lugar de donde proviene la amenaza (para la tradición simbólica hebrea el mar es el asiento del caos, del peligro, de lo que amenaza la integridad de lo creado), se agrega a esta respuesta, participa en la nueva letanía.

Desde el punto de vista de su poética, se distancia de lo que ha sido la construcción de las anteriores (comienza con un dativo, y se conforma como una oración unimembre, sin núcleo verbal). Nuevamente se señalan bendición, honra y gloria: los últimos atributos de la anterior oración son ahora el núcleo en esta. Pero ahora se agrega una nueva palabra: *kratos*, que es posible traducir por “imperio”, ejercicio del poder en el gobierno. Estos atributos son eternos.

A esta aclamación del ámbito de lo creado, que reconoce el señorío y la eternidad de los atributos del Entronizado y el Cordero, los vivientes responden “Amén”, y los ancianos repiten, ahora sí, el gesto de postrarse y adorar. Sin entrar aún en la cuestión interpretativa, vale si la pena señalar, por la evocación de estas figuras en su contexto literario y social, que los atributos de las figuras divinas son tales que hacen un contraste con los títulos del Emperador. Por otro lado, en la tradición veterotestamentaria y judaica que informa los elementos de esta visión, la doxología siempre es una canción de libertad humana¹⁰. Las doxologías están declarando, una vez y para siempre, que ningún ser humano puede exigir lo que es de Dios, puede considerar el todo de creación a su disposición, que puede decidir el destino de otros en sus manos; eso sólo es para Dios y el Cordero, que son dignos por su labor creadora y redentora.

Con referencia a estas doxologías finales, cabe recordar lo que dice W. Brueggemann con respecto a la doxología mosaica:

“Se trata tan sólo de un poema, y podríamos decir con toda razón que el cantar un cántico no transforma la realidad. Sin embargo, no debemos afirmar esto con demasiada convicción. La evocación de una realidad alternativa consiste, al menos en parte, en una

¹⁰ Brueggemann, W. (1986), pp. 29-30.

lucha por el lenguaje y la legitimación de una nueva retórica. El lenguaje del imperio es, indudablemente, el lenguaje de la realidad manejada, de la producción, el horario y el mercado. Pero ese lenguaje nunca permitirá ni originará la libertad, porque no hay en él novedad alguna. La doxología es el desafío último al lenguaje de la realidad manipulada, y sólo ella constituye el “universo del discurso” en el que es posible el dinamismo, la energía.”

Merece la pena preguntarse cómo puede practicarse en el imperio el lenguaje de la doxología. Sólo allí donde hay doxología hay un brote de compasión, porque la doxología niega abiertamente toda ideología con pretensiones de obligatoriedad. Sólo allí donde hay doxología puede haber justicia, por que tales cánticos transforman el miedo en dinamismo y energía¹¹.

Estamos listos para que comience el drama, los actores divinos han sido presentados y en los capítulos siguientes la apertura del libro generará el desarrollo de la secuencia (abrupta, entrecortada, conmovedora) que el visionario deberá describir. Pero hemos sido preparados mediante la doxología para saber el sentido de ese drama, y darnos fortalece para entenderlo como le invitación al testimonio del humilde señorío de Jesús. Desde el punto de vista homilético quizás pueda ponerse énfasis justamente en el carácter doxológico de nuestra fe. Y destacando, justamente, todo lo que contiene como testimonio, como certeza, como esperanza el poder pronunciar estos cánticos de alabanza. Que, lejos de separarnos de la historia humana, nos permiten meternos de lleno en ella con sentido y firmeza, como testigos de su valor y destino.

¹¹ *La imaginación profética*, Santader, España, Editorial Sal Terrae, 1986 (orig. inglés de 1978), págs. 29-30.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 085 – Abril de 2007

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN Nº 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable: Néstor Míguez

29 de abril, Pascua 4 (Blanco)

Salmo 23; Hechos 9:36-43; Apocalipsis 7:9-17; Juan 10:22-30

Si bien el drama cósmico se ha desatado y ya se han visto las primeras plagas devastando la tierra, se ha producido una interrupción (Ap 7: 3) y la vista vuelve a la esfera celestial. El visionario mira (Ap 7:9) para ver nuevamente a la multitud incontable, de todo origen, que rodea el trono. Vale la pena señalar que al repetir que esta multitud se compone de gentes “de todas naciones y tribus, y pueblos y lenguas”, se repite prácticamente la fórmula que en Génesis 10 se da para el origen de los pueblos en la descendencia de Noé (Gén 10:31 --en Génesis se pone énfasis en “tierras”, mientras que en Apocalipsis aparece “pueblos”, mostrando el carácter más urbano de esta caracterización). Así, sobre el final del texto bíblico vuelve a unirse en la alabanza a Dios lo que se había dispersado cuando Dios interviene en Babel para evitar la soberbia de los poderosos que querían controlar cielo y tierra.

Esta humanidad redimida y reunida en los cielos reconoce que la salvación les proviene de su Dios y al Cordero que la obró en la historia humana. Ella se une a las propias huestes celestiales en la aclamación, que recuerda a las pompas y honores que en el imperio conformaban el protocolo de las visitas imperiales. Incluso algunos emperadores recibían y gustaban usar el título de “salvador”, que ahora, en contraposición, se dice que solo corresponde a Dios y al Cordero. En cuanto a los versos doxológicos de este texto (10-12) vale fundamentalmente lo que hemos comentado sobre los versículos finales del cap. 5.

El v. 13 abre una nueva secuencia, ya que el visionario es apelado directamente por uno de los habitantes celestiales. El motivo parece invertido, ya que el que pregunta es quien tiene la respuesta. Aparece como una especie de adivinanza, una prueba de percepción a la que es sometido Juan. Es que Juan, como habitante de la tierra, debe ver en estos a sus propios congéneres. Pero no cualquiera, sino a quienes han pasado por la prueba de la tribulación (v.14). La palabra utilizada en este caso, *thlipsis*, puede significar también sufrimiento, conmoción, circunstancias duras; y en el Nuevo Testamento es una de las formas de hablar de las persecuciones sufridas por los fieles debido a su fe (por ejemplo, Mt 13:21; Hch 11:19; 2 Ts 1:4, etc.).

Aquí se señala una de las paradojas visuales que nos presenta el libro del Apocalipsis, muy afecto a estos juegos de trastrueque. Estos están vestidos de blanco porque han lavado sus ropas. Pero las han lavado en la sangre del Cordero. Han sido purificados mediante un elemento que normalmente no sirve para limpiar, sino que por el contrario mancha: la sangre (recordemos que para el pueblo judío, así como para otros, la sangre, sea tocarla, derramarla, consumirla, genera impureza). Pero acá la sangre del Cordero revierte ese simbolismo, y aparece como un elemento que purifica, lava. La roja sangre produce vestiduras blancas y resplandecientes.

Es este haber sido purificados por la sangre del Cordero lo que los pone delante del trono de Dios y los incluye en la liturgia celestial. El verbo que nuestras versiones de la Biblia suelen traducir como “servir” es *latreuo*, que también significa alabar, adorar.

Este servicio en “en el Templo”. Una nueva paradoja nos alcanza. El Templo terreno ha sido reemplazada por el celestial (aunque luego se nos señalará que en la nueva Jerusalén no hay Templo –Ap 21:22), y los sacerdotes que lo sirven y ofrecen sacrificios de corderos han sido reemplazados por estos nuevos santos, que no ofrecen sacrificios, sino que han sido purificados por la sangre del Cordero. Por otro lado, sirven en el Templo, pero el que está en el trono extenderá sobre ellos su tabernáculo, probable referencia a la “Carpa del Encuentro”, el tabernáculo de Dios en el desierto, previa a la construcción del templo. No es una referencia antojadiza: la expresión del v. 16 nuevamente nos remite a la experiencia del éxodo: no tendrán hambre ni sed, ni el sol caerá sobre ellos con su calor abrasador. El mundo, con su actual configuración de poderes y opresiones es el desierto que hay que atravesar (y que transformar) bajo la guía del Cordero. El pueblo de los redimidos son los que han realizado el nuevo éxodo, han participado de la nueva Pascua del Cordero, han sido purificados con su sangre, han sido elegidos para adorar a Dios, le sirven en su templo celestial. El motivo del éxodo nos recuerda que son liberados de la esclavitud que nos aflige y del dolor que nos inflige el poder opresivo.

Pero no cerrar estos versos sin una nueva y llamativa inversión, que quizás no percibimos por lo acostumbrados que estamos a este lenguaje como lenguaje simbólico, aparece la idea de que “el Cordero los pastoreará”. Quien normalmente es objeto de la atención del pastor es ahora él mismo el pastor. Ahora es el cordero que guía a las fuentes de agua fresca, de aguas vitales. La figura de Dios como pastor de su pueblo, que aparece en varios salmos y en textos proféticos, el anuncio de un pastor bueno, se cumple. Pero por el juego de imágenes que tanto gustan al autor del Apocalipsis (o al Dios que le inspira y da la visión) ese poderoso pastor es ...¡el Cordero!

Las palabras finales del capítulo anticipan la expresión que encontraremos luego en la visión del descenso de la nueva Jerusalén (Ap 21: 4): “enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos”. En medio de la fuerza destructiva que nuevamente se desatará cuando se abra el séptimo sello (Ap 8:5) y suenen las trompetas celestiales, resuena la promesa del Dios bondoso que es capaz de, como una madre o un abuelo amoroso, sentarse, sostener al niño en su regazo, y calmarlo secándole sus lágrimas. Es que el sufrimiento en esta tierra no es desconocido ni querido por Dios. Al fin de todo se muestra claramente: nuestro Dios, en su energía y justicia, en su fuerza y poder, es un Dios de misericordia, un Dios de consuelo.

El texto nos invita a reflexionar en las paradojas e impensadas figuras que dan vuelta lo esperado. La voluntad de Dios aparece revirtiendo los poderes de este mundo, las cosas como las conocemos y nos parecen “normales”. Así, los que son perseguidos triunfan y forman los coros que hoy rodean al Señor. La sangre que contamina a los poderosos purifica a los humildes, a quienes se acercan para ser redimidos. El crucificado es el verdadero salvador, y los crucificadores los verdaderos extraviados del camino de la vida. No son los sacerdotes que realizan el sacrificio, los que sirven en el templo que ya no será, sino quienes han sufrido el nuevo éxodo, los que han recorrido el desierto de este mundo alimentados, cubiertos, provistos por el Dios de amor. El cordero es el pastor que guía a las fuentes de la vida, y el Dios poderoso y vencedor, el que puede desatar las tempestades y sacudir los cimientos del mundo se sienta a consolar y secar lágrimas de los ojos llorosos de los débiles de esta tierra.